

Campanas de fiesta en la Gran Sabana

Elite.

-Esta es la tierra mía... Yo soy "tamién" venezolano...

Claro que lo es. Rafael Lanz es un indio pemón que ha nacido y vive en el corazón de Venezuela. Y se lo dice a otro venezolano de raza y de corazón, el señor J.G. Barceló Vidal, gobernador del Estado Bolívar.

Es en Kavanayén, una isleta de fe y de esperanza en el infinito desierto verde de la Gran Sabana. Allí acaban de aterrizar tres aviones con un mensaje de cariño y de promesas para estos venezolanos que se incorporan a la vida nacional. hace ahora nueve años que los padres capuchinos sembraron en este apartado rincón la santa semilla de una Misión: Santa Teresita. Hoy llegan a inaugurarla oficialmente los excelentísimos señores Nuncio Apostólico y Obispo de Guayana; el Vicario Apostólico y Jefe de Misiones del Caroní; el señor Gobernador del Estado Bolívar, acompañado de su Secretario General, Dr. Linares; padres capuchinos, sacerdotes, Hermanas, y medio centenar de acompañantes más, entre organizadores, colaboradores e invitados. Monseñor Castillo Arzobispo de Caracas, tuvo que interrumpir su viaje en Ciudad Bolívar, muy a pesar suyo.

Desde la meseta que hace de aeródromo se ve la pequeña iglesia, con un cuerpo de edificio complementario, otra hermosa edificación de piedra a medio terminar, y algunos ranchitos muy bien construídos y limpios a la entrada de la Misión. En un jeep, con una plataforma de remolque llena de jovencitos estrenando uniformes nuevos, salen al encuentro del Padre Víctor de Carvajal y Fray Roberto. Estos dos capuchinos pobremente vestidos, animosos, humildes como corderos, se hacen ciento atendiendo a todos y dando la bienvenida. Los pequeños indios les secundan, más cautos con cierta timidez, deseándonos los buenos días y repitiendo sonrientes: "bienvenidos". un voltear apresurado y cantarín de campana nos brinda un saludo emocionado desde la Misión. Kavanayen está de fiesta. Los pemones que habitan los conucos desperdigados en la gran sabana lo comentarán, escucharán con sus finos oídos esa voz de plata que tiene las urgencias de una llamada, y poco a poco irán reuniéndose en torno a la Misión de Santa Teresita.

De los que nos rodean al llegar, se destaca un hombre simpático, sonriente y confiado. Viste sombrero, corbata de colores y botas altas. Se ve que está orgulloso de su indumentaria. Busca al Gobernador. El señor Barceló Vidal le escucha complacido:

- Yo soy capitán, señor Gobernador. Rafael Lanz, para servirle. Yo soy el Jefe de todos estos. Aquí estamos muy pobrecitos, tiene que ayudarnos... Y desgrana el rosario de quejas en nombre de la comunidad. Es muy natural que lo haga. En mucho tiempo no volverán a tener una visita tan principal. Todos estos días anteriores habrán estado rumiando peticiones para exponerlas ante el Gobernador. ¡Este es el momento!, se dirían unos a otros, ¡hay que pedir muchas cosas!

Los problemas son muy complicados. Han surgido casi de una vez todos aquellos que han ido planteándose a la humanidad en siglos de evolución. Hace aún diez años andaban completamente desnudos, consumían alimentos a veces repugnantes y desconocían el uso de algunas herramientas y útiles más simples. Hoy se ha podido llegar a ellos con el avión, sin esfuerzo; les impresiona saber que el hombre se comunica por radio; que consume alimentos ya aderezados puestos en lata; ven y aprecian las telas con que se cubren los viajeros, y aquí también han oído, hablar de las riquezas de Venezuela. Ellos pertenecen a este país, lo saben; se sienten orgullosos de su nacionalidad, y hablando con el concepto primitivo que tienen de la propiedad, dicen con su jefe, Rafael Lanz:

– Esta es la tierra mía... Yo soy "tamién" venezolano... Aquí estamos muy pobrecitos, tienen que ayudarnos...

No tienen idea de cómo está estructurada la sociedad actual. Desconocen el esfuerzo de trabajo que se necesita realizar para obtener esas cosas que tanto admiran ellos. Ellos ven las telas sin haber conocido una máquina, un telar. Y ellos ignoran que en plena civilización, en la ciudad, hay también gentes que carecen de todo como ellos o poco menos. Mientras el señor Barceló Vidal visitaba sus ranchos y departía amablemente con ellos, me confiaba algunas de sus inquietudes. Podía resultar perjudicial para su progreso un género de ayuda que tendiera a eliminar las más urgentes necesidades sin crear en ellos inquietudes de trabajo y facilitarles instrucción y medios de realizarlo con eficacia. No es empresa fácil. Pero hay que ayudarles. Los misioneros trabajan actualmente en su evangelización, y les instruyen muy eficazmente. Cuentan con dos grupos de jóvenes que son la esperanza de los pemones. Orientar a los mayores es más difícil; eso requiere mucha paciencia y un género especial de ayuda: la material. Y la Misión es muy pobre; no cuenta más que con las colectas que se realizan en su favor, y la gestión de algunas generosas personas que han hecho posible la construcción de las instalaciones que hoy ocupa.

Los misioneros que trabajan en Kavanayén son pocos: el Padre Vicario, Eulogio de Villarrín, Fray Roberto, Padre Víctor de Carvajal y el hermano donado Angel Fernández de Pinedo Antía; y cuatro hermanas franciscanas: María Antonia, Celina, María y María Luisa. Y han realizado una obra de gigantes. Para ser misionero como ellos hay que bajar la voz, bajar los ojos y levantar el corazón, levantar muy alto el corazón; y trabajar como abejas, siempre sonrientes, siempre complacientes, siempre buenos. Ellos también tienen sus problemas, claro es, pero estos mismos problemas constituyen su vida, la vida de sacrificio y de trabajo que escogieron para mejor servir a Dios.

El caso del hermano donado Angel Fernández de Pinedo Antía es un caso especial. Es casado, con dos hijos. Su esposa está a punto de ingresar en un convento. Su hijo es inspector de una Casa de Misericordia. Su hija, enfermera en una Clínica. la familia entera se ha ofrecido a Dios en un hermoso gesto de renunciamento. Para ser misionero hace falta ser capaz de este sacrificio. Yo veía correr de un lado para otro, con su hábito raído y amplio, siempre con la sonrisa asomando entre sus barbas, los ojos vivos como los de un chiquillo, a Fray Roberto de Erandio, ejemplo de humildad y de sacrificio. Fray Valentín de Elorrio, que se incorporó ese día a la Misión, precisamente para sustituir a Fray Roberto de Erandio, ya muy agotado con los largos y penosos trabajos realizados

en Kavanayén, cometió la indiscreción de alegre malicia al confiarme que Fray Roberto frisaba ya en los sesenta años. ¡Si parece un chiquillo! "¡Bah, bah!", me decía sonriendo, como si eso no tuviera importancia, "no le haga caso". Yo no vi montar al avión a Fray Roberto, pero estoy seguro que llevó a Upata su nuevo destino, bien guardado dentro de su corazón, donde caben tantas cosas buenas, una pena enorme de abandonar Kavanayén, donde ha dado lo mejor de sí mismo durante tantos años. Fué para mí más elocuente que verle partir, verle empacar. Así es como le vi la última vez, preparando su maleta. Fué la única vez, en el día en que no le vi sonreír. Y no le pregunté nada. Ni volví a insistir para que posara con los restantes padres y hermanos de la Misión. Cuando tenga que mencionar algún ejemplo de sacrificio o de humildad, siempre recordaré a Fray Roberto de Erandio, aunque no conversé más que durante muy pocos minutos con él, y apenas pasé cuatro horas en Kavanayén, donde me parecía ver sus manos en todas partes.

El Padre Víctor de Carvajal es otro caso de actividad y ese generoso darse a los demás que hoy resulta tan poco común. No tuve oportunidad de hablar con él; pero le veía correr, y yo me imaginaba que estaba recorriendo, a grandes zancadas el camino al Cielo. Le veía en todas partes; a todos les decía que sí y lo cumplía. Y sonreía, sonreía siempre. El Padre Vicario Eulogio de Villarín será acaso el de más edad. Tocado de boina negra, hundidas las mejillas, más concentrado y silencioso que los demás sólo le vi perder un poco de naturalidad cuando sospechó que le iban a sacar una fotografía. Y habló, muy parcamente, cuando le instaron los hermanos a hacerlo acerca de sus trabajos. El Padre Eulogio lleva muchos años en la Gran Sabana, seguramente más de un cuarto de siglo, y fue de los primeros que estuvo en Kavanayén. Habla perfectamente el idioma pemón, y ha recorrido todo el territorio hasta la Guayana inglesa trabajando en el campo, curando y rezando, consumiendo su vida en el Altar de su promesa a Dios: ser misionero. En medio de tanto espíritu desorientado, este sacerdote ha llenado su vida con el contenido de un hermoso ideal.

Entretener a las hermanas con nuestras indiscreciones hubiera sido pecado. Preparar el desayuno para tanto visitante es de por sí un problema mayúsculo. Y hacerlo en Kavanayén resulta un prodigio. ¡Y tantas cosas buenas como nos prepararon las hacendosas hermanitas! Yo me situaba un poco en la Misión antes de llegar nosotros, y no había que ser muy lince para comprender que aquella visita había provocado algo así como una revolución pacífica en la comunidad. Aquellas cuatro horas que duró la visita debieron resultar cortísimas donde apenas si cuentan las horas. Allí nunca ocurre nada, ni se llega tarde a parte alguna, ni se tarda en hacer algo. Para ellos fue algo así como un relámpago que les dejó cegados; recibían al Nuncio al Obispo de su diócesis, al jefe de las Misiones del Caroní, al Gobernador. A pesar del acucioso apresuramiento con que se hizo todo, al visitante se le hacía el tiempo largo. No por falta de interés, por supuesto, sino por que allí parece que el tiempo dura más, se estira en un esfuerzo para dejar hacer más cosas. No se explica de otro modo el milagro de lo mucho que ha realizado allá la Misión. Esa misma sensación experimenté un poco en la pulcra y bonita Ciudad Bolívar. Y para los que hacemos todo corriendo en Caracas, es natural que así sea. Y si hay algo que da sensación de paz en la Misión Santa Teresita, son las Hermanas. Se desplazaban

ágiles, sonrientes, sin hablar, sin apresurarse, atendiendo a todos. Que Dios los recompensa con creces tanto desinterés y tanta bondad.

El Capitán Rafael Lanz tiene 29 hijos. Y como viera que sonreíamos, los llamó a todos. Así nos presentó a su familia. ¿Cuántos años tiene el mayor?. No sabe. "No sabemos contar años, pero aquí están". Después reunió a toda la parentela para que hiciéramos una fotografía, y tuvo verdadero interés en que yo los contara. Había 87. Me preguntó si eran muchos. Y después vi por qué. Un hombre menudo y barbilampiño que también hablaba bastante castellano me informó que el otro Capitán tenía "mas gente". Y entonces comprendí que había alguna rivalidad entre los dos grupos. El otro Capitán se llama Jesús Fernández; me lo presentaron. No sabe castellano. Y cada uno por su lado, como en una competencia, pero muy pacíficamente, los capitanes Lanz y Fernández fueron reuniendo a su gente, un grupo frente al otro. "¿Ya está?", les decía. "¡Todavía no, todavía no, todavía no!", y cada cual volvía a sus ranchos para traer a todos los que quedaban dentro. El representante del Capitán Fernández me aseguraba que ellos tenían más gentes, y como si esta hubiera sido la ocasión para decidir quien, debería ser el Capitán en adelante, me decía: "primero saber cuántos tiene otro Capitán; después contar cuántas personas tiene gente el otro Capitán". ¡Yo creo que éste aspira a ser el Secretario! Y llamaban a su gente: "asi tek, ¡oli bele!". A mí me hizo llamar también el Capitán Lanz y se reía porque lo pronunciaba mal: "Ya estoy buscando mi familia", y seguía buscando a los suyos. El Secretario del Capitán rival quiso llevarse algunos del otro grupo, pero se lo impidieron sin mucho regatear. "Ya ta", me dijo, "a ver cuántas personas tiene gente". Y tenía tres o cuatro más. Yo le dije que estaban igual. Después pedí opinión a un Padre, pero él no se preocupó mucho de la rivalidad: "Hay algunas diferencias entre los dos grupos, pero Lanz es mucho más activo".

En la Misión realizan una magnífica labor catequista. Tienen un internado con 55 muchachos de ambos sexos. Algunos padres se oponen a que sus hijos se sometan a esta disciplina escolar. Ellos acuden a las ceremonias religiosas, pero cuesta bastante captarse su buena voluntad. Y se olvida pronto de las cosas: "Sufren de amnesia crónica me decía un Padre, olvidan muy pronto todo lo que se les dice. Y mientras tienen "kachiri"... vino fermentado de la yuca, no acuden. Los jóvenes son más dóciles, y en ellos tenemos puestas nuestras mejores esperanzas.

En Kavanayén tienen una preciosa capilla. Allí hay dos campanas que sólo ceden en altura a la Cruz. Y se tocaron a rebato, sonaron a fiesta.